

Levantante

Divertida irritación

Teatro Escalante: «Delirio a dúo». Autor: Eugene Ionesco. Dirección: Vicente Genovés. Escenografía, luces, vestuario y utilería: Manuel Zuriaga. Intérpretes: Robert Lisart y Carme Alonso. Premio de la Diputación de Valencia.



FRANCISCO ORS

FRENTE a esa realidad inapelable y tremenda que llamamos destino, en el teatro, como en la vida, caben dos actitudes: la aceptación, o la lucha; y de cuál de ellas se adopte, va ya a depender todo.

Entonces que la vida es como es, aceptar su limitación y entregarse a la pequeña lucha cotidiana, con las propias dimensiones asumidas, es la clave de la burguesía, el orden y la estabilidad: el mundo de lo razonable. De Benavente a Chejov, de Alfonso Paso a Strindberg, hay todo un mundo de personajes dibujados con mayor o menor precisión y hondura, que representan esa actitud vital y ese modo de entender la existencia.

Pero existe la otra opción: la lucha desesperada y suicida, pero irrenunciable, contra la realidad, una realidad que por escuálida o mezquina resulta insuficiente y que ciertos seres no podrán —ni aunque lo intentasen con todas sus fuerzas— aceptar nunca. Y ahí es donde radica la clave de lo trágico, que dará origen al mundo de lo genial, lo loco, o lo simplemente disparatado, según la capacidad de quien lo cree. De Sófocles a Cervantes, de Pirandello a Mihura, la encrespada batalla contra lo inevitable, muestra una dimensión del ser humano especialmente sugestiva, y que se hace aún más profunda y misteriosa si cabe, cuando, como es en el caso de Mihura o de Ionesco, se hace, por abordar lo pequeño-cotidiano, cómica.

«Delirio a dúo» es una obra escrita y sentida en clave de tragedia y es en realidad una tragedia. Una tragedia cómica. Y la desesperada lucha de sus dos personajes oír no ser como son, porque su realidad no sea lo que es, y porque su partener sea como no será nunca, es, a la vez que descacharrante, terrible.

Construida con sólo dos personajes y un aspecto único, «Delirio a dúo» es una de las más interesantes, eficaces y bien rematadas obras de Ionesco, pero es también una de las más difíciles. Y el hecho de que Vicente Genovés la haya elegido para su presentación como director, indican su aguda sensibilidad y su claro instinto

teatral, que le ha hecho ver las grandes posibilidades de una obra aparentemente sencilla, pero llena de habilidad y riqueza imaginativa, y de un texto cuajado de irisaciones y que él ha sabido utilizar con auténtica fruición, consciente de cómo en el teatro, los personajes desesperadamente irritados ante su propia pequeñez y limitaciones, pueden resultar divertidísimos, siempre que no se los deshumanice. Y en esto es donde el magnífico trabajo de dirección raya a mayor altura, apoyándose con infrecuente habilidad, en la gracia, la simpatía y el extraño, pero innegable encanto personal de los dos intérpretes, que de tan perfectamente ensamblados como quedan en el conjunto, llegan a parecer parte indesligable del mismo.

Tanto Carme Alonso como Robert Lisart, cuentan con recursos y condiciones suficientes para transmitir la enorme variedad de hallazgos a través del que nos llega el mensaje de vivacidad, incongruencia y patetismo de sus personajes, que en todo momento se nos hacen tan próximos como risibles, no obstante su carga de exasperación y violencia. El suyo es un trabajo serio y riguroso, de una gran calidad intelectual, difícil, pero perfectamente ensamblada a una auténtica ternura. Pocas veces un público ha reído con Ionesco como rió el público del Escalante con este «Delirio a dúo», y ello hay que atribuirlo, en una gran parte, al trabajo de estos actores.

Finalmente hay que destacar la importantísima aportación de Manuel Zuriaga, cuya excelente profesionalidad puede garantizarse ya sin ninguna clase de objeciones. Su trabajo es un alarde de precisión, ingenio y sabiduría teatral, y a él se debe en mucho la vívida sensación de realidad que emana del espectáculo. Si su escenografía para el «Antoni y Cleopatra» estuvo llena de sugestión, y la que actualmente cobija el montaje de «El jardín de los cerezos», en el Principal, asombra por su impecable y gélida elegancia, la creada para este «Delirio a dúo», puesta en un parámetro totalmente distinto, consigue el más alto grado de eficacia y funcionalidad. De Zuriaga puede decirse que Valencia tiene en él un auténtico gran plástico teatral, y el haberlo elegido como colaborador es un mérito más de este nuevo, inteligente y vitalísimo director que es Vicente Genovés.